

LOS HERMANOS GAMIO.

(LEYENDA SABARRA.)

A mi respetable y distinguido amigo D. Fidel de Sagarmínaga.

Triste está el caserío de Fayatz con sus puertas desvencijadas, su tejado lleno de grietas, sus paredes cubiertas de oscura yedra, y su huerta convertida en cascajal, donde crecen hortigas y serpean viboras; pero aun más triste se muestra la *eche-andria*, sentada junto al hogar, cuyas escasas llamas iluminan dos lágrimas que bajan lentamente por sus mejillas.

La puerta de la cocina se abre, y por ella penetra una hermosa muchacha de diez y ocho años, con un fajo de sarmientos sobre la cabeza.

La *andria* sonríe dulcemente y dice:

—Siempre tan hacendosa, Ana! Qué buena eres, hija mía.

—He visto que escaseaba la leña y he ido al monte á recoger unas cuantas ramas secas; mañana es domingo y no se puede trabajar.

—Has oído algo?

—Nada, *andria*. Desde las once no ha habido cañonazos, segun dicen los pastores.

—Que Dios auxilie á los buenos!

—Así sea. ¿Y quiénes lo son?

—Lo ignoro, hija mía, y una de las mayores miserias de los tiempos que alcanzamos es no saber quién tiene razon. Los nabarros han perdido el seso; unos están con los castellanos.... otros con los franceses.... todos con extranjeros. (1) Mientras, el pais se arruina. Yo no entiendo nada de política y ésto es lo único que veo claro. Ay! todavía, si no se perdiese más que dinero, podíamos darlo todo por bien empleado. Pero, los hijos que mueren, ¿cómo se reemplazan? Y los que quedan mutilados, como tus hermanos Pello y Machin, ¿con qué remedios pueden recobrar los miembros perdidos? Y ese ódio insensato y criminal que sobrevive á tanta catástrofe, ¿quién es capaz de apagarlo? En ocasiones, me parece que lo que hasta ahora llevamos sufrido tú y yo es poca cosa; una especie de presentimiento

(1) Conviene tener presente, para no dar á la frase de arriba un sentido equivocado, que, con arreglo á fuero, en Nabarra eran extranjeros todos los que no habian nacido en el Reino ó no estaban naturalizados, cuya cualidad de extranjería tampoco se borró por la anexion á Castilla respecto de los naturales de estos Reinos: por esta razon la *Andria* de Fayatz acertaba al equiparar á castellanos y franceses.—(N. del A.)

me advierte que hemos de llorar mayores males, y para no ocultarte la verdad, te diré que me atemoriza la conclusion del sitio de Amaya.

—Yo tambien tengo miedo. Machin y Pello cada dia se tornan más vehementes y pendencieros.

La *andria* se acercó á la ventana, y dijo despues de una pausa:

—Es ya tarde; la niebla comienza á ocultar la cumbre de Mendauz. Vamos á la puerta á esperar á esos desgraciados.

Madre é hija se sentaron á la puerta del caserío en unos derruidos escalones de piedra. El cielo estaba cubierto; la bruma borraba rápidamente los perfiles de las montañas, sustituyendo graníticas moles con informes vapores; el viento silbaba en los robledales.

Al poco rato se oyeron pasos precipitados, y apareció un hombre entre los árboles.

—Es Pello, dijo Ana.

—Albricias, madre, albricias, gritó el reciénvenido con voz alegre; somos vencedores; ya, por fin, cayó ese nido de agramonteses en poder de los imperiales. Belaz de Medrano está preso, su hijo herido; Ezpeleta, Jasso, Donamaria, Zolina, muertos ¡Nabarra por el Rey Carlos! Pero qué es eso, *andria*, lloras? Tú tambien eres agramontesa? Tú tambien eres partidaria del idiota Enrique de Labrit y de sus cobardes franchutes?

—Qué me importan á mi Labrit y Gante? Lloro, porque no puedo compartir tu desinteresada alegría en el triunfo de una causa á la que has dado tu sangre; lloro, porque veo que lo que es motivo de júbilo para tí ha de ser origen de desesperacion para tu hermano, tan valiente y desinteresado como tú.... Para una madre todas las opiniones de sus hijos son iguales.

—No estoy conforme; hay opiniones y opiniones. Pero vamos á dentro; quiero solemnizar la toma de Amaya con unos cuantos vasos de buen vino.

—Por Dios, Pello, tén prudencia! Acuérdate que tu hermano es de los vencidos. Respeta su dolor.

—Mi hermano hará bien en callarse, replicó Pello con voz brusca; harto cansado estoy de sufrir sus insolencias durante ese largo sitio. Mientras ha habido esperanzas de triunfo todo ha sido alharacas por su parte, y ni como á hermano mayor me ha respetado. Justo es que hoy me aguante.

—¡Dios mio, Dios mio, tén piedad de nosotras! murmuró la madre, mientras su hijo, sentado ya á la mesa, destapaba una botella.

Era Pello hombre de unos treinta años, alto, fornido, sonrosado, rubio, de fisonomía resuelta y varonil, tipo acabado de esos hermosos montañeses euskaros, nacidos para la práctica de las mas puras

y austeras virtudes sociales, á quienes la horrible guerra civil transforma en implacables partidarios. ¡Lástima de jóven arrancado á las honradas faenas del campo! Faltábale el brazo derecho, cortado casi de raíz á consecuencia de una herida recibida en la batalla de Noain, tumba de tantos egregios nabarros.

Ana colocó enseguida la cena sobre la mesa, y Pello empezó á comer con excelente apetito, remojando los toscos manjares con sendos tragos de vino.

La *andria* estaba muy inquieta, temiendo á cada paso que Machin llegára. Y como á toda costa deseaba evitar que aquella noche los dos hermanos se vieran, quiso hacer una prueba para conseguir tan apetecido resultado.

—Mira Pello, dijo muy afectuosamente, estás cansado y debes de acostarte; ya sabes que mañana, como domingo, es preciso madrugar.

—Yo cansado, *andria*? Cá! Dos leguas de ida y dos de vuelta, en busca de noticias, no es jornada que cansa, cuando éstas son buenas, sobre todo.

Y dando rienda suelta á la alegría, se puso á cantar.

En uno de los intervalos de cancion á cancion, la *andria* oyó un ruido de madera pegando contra el suelo, y se puso pálida. Casi enseguida, la puerta de la cocina se abrió, y entró un jóven sumamente parecido á Pello, de fisonomía aun más bella todavía, cojo, y andando con gran dificultad, apoyado en una muleta; durante el fatal cerco de Logroño, ineptamente puesto por el bravo pero atolondrado d'Asparrault, una bala de cañon le había llevado la pierna derecha.

Si pálida estaba la *andria* de Fayatz, no lo estaba ménos su hijo Machin. La madre le besó en la frente, y Ana le sirvió la cena. El jóven se dejó caer en un banco, arrojando al suelo la muleta.

—No quiero cenar, *andria*, gracias; un poco de vino es lo único que tomaré.

Y despues de remojarse los lábios, Machin apoyó la frente en entrambas manos y permaneció silencioso, abstraído en profunda meditacion.

Pello, sin hacer caso de su hermano, cantaba y cantaba sin cesar. Al principio las canciones eran de amoríos, pero poco á poco iban tomando un carácter ménos inofensivo; en honor de la verdad, debemos decir que Pello estaba ya un poco ébrio. Al fin, les tocó el turno á las coplas que los beaumonteses cantaron al rey D. Juan cuando las fiestas de Pamplona, y al entonar aquella tan conocida que comienza con las palabras *Labrit eta Errege...* Machin levantó la cabeza, y pegando un terrible puñetazo en la mesa, que hizo saltar los vasos y botellas á tierra, dijo con voz vibrante como un clarin guerrero:

—A fé que si nuestro padre el capitan Piarres de Gamio (q.e.e.g.) te viera cantando en un dia como éste, habria de hacerle á nuestra madre la injuria de pensar que eras hijo usurpador de nuestro apellido.

—Ola! aun tienes soberbia, á pesar de los pesares; para turbar mi alegría? Te parece que no he penado bastante durante seis meses, cuando contabas todas las noches las peripecias de la insensata resistencia de los de Amaya? Pero, gracias á Dios, los principales rebeldes han muerto, y ese viejo traidor de Medrano sufrirá pronto la pena de Padilla y de Bárona.

—No sufrirá pena, sino martirio, y los que á sus órdenes han muerto han sido «*los últimos nabarros.*»

—Quién les dará tan egrégio apellido? Acaso lo merecen esos hombres que han renovado la guerra civil, que han venido auxiliados por el francés á romper los lazos de fidelidad que unen al Reino con la Corona de Castilla, que han vuelto á poner en tela de juicio la existencia de nuestros Fueros, hasta hoy asegurados, que han obrado en connivencia con los rebeldes Comuneros castellanos y alabeses, enemigos de la autoridad Real?

—Calla, insensato, calla. Os atreveis á hablar de traicion, vosotros que sois los secuaces del condestable de Lerin, más pérfido y miserable que el conde Julian, porque éste tenía agravios de Rodrigo que vengar, yaquel sólo favores de D. Juan y D.^a Catalina que agradecer? Os atreveis á hablar de juramento de fidelidad, vosotros que entregásteis maniatado el Reino al Aragonés fementido? Os atreveis á hablar de auxilios extranjeros, vosotros que habeis desatado sobre el pais esa manada de alemanes borrachos, sanguinarios y ladrones, que hasta en la misma Castilla han hecho necesario un Villalar? Hablais de fueros vosotros, vosotros! que los habeis violado todos? Dónde están los muros de las fortalezas nabarras? Dónde los millones de las contribuciones de guerra? Dónde la inmunidad de nuestros Diputados? Dónde la imparcial autoridad de nuestras Córtes?

ARTURO CAMPION

(Se concluirá.)

LOS HERMANOS GAMIO.

(LEYENDA NABARRA.)

(CONCLUSION.)

Yo te lo diré en pocas palabras; las murallas por tierra, los millones en manos de flamencos, la inmunidad desconocida en la persona de todos los Diputados agramonteses, la imparcialidad de las Cortes destruida, porque éstas, desde el Rey Católico, no son más que conciliábulos de traidores, beaumonteses. Y las cosechas destruidas? Y las aldeas quemadas? Y los campos yermos? Ah! yo vuelvo por todas partes mis ojos en busca de los bienes que nos ha traído la incorporacion á Castilla, y no veo más que la sangrienta imágen del Duque de Nágera y de sus soldados asesinos é incendiarios.

—La insolencia de tus frases y la maldad de tus acusaciones me encienden la sangre, porque veo en tu carácter díscolo é irreducible el fiel trasunto del carácter agramontés, capáz de renovar cien y cien veces una guerra civil destinada otras tantas á ser dominada. No tendríamos que llorar esos males que tanto pregonais, si despues de hecha la incorporacion á Castilla hubieseis renunciado para siempre á esa ambiciosa y egoista dinastía de Labrit. Pero los magnates que os conducen y llevan, los paniagudos del Mariscal, no quieren renunciar á sus sueldos, honores y cargos palatinos, y hé aquí por qué corre la sangre nabarra á torrentes y se organiza esa expedicion desastrosa, que principia en el cerco de Logroño y concluye en los peñascos de Amaya.

—Arroja tu baba sobre los héroes, sobre los mártires de estas montañas; la ocasion es propicia, porque ahora no pueden defenderse. Yo acabo de contemplar al noble Belaz de Medrano cargado de cadenas como un criminal, á pesar de la solemne capitulacion, caído al final de su vida en poder de los verdugos del Mariscal de Nabarra. Mi mayor sentimiento, al verme privado de esta pierna, es no poder combatir con los leales. Pero otra vez, mutilado y todo como estoy, saldré al campo del honor.

—¡Desdichado! Si sales otra vea al campo, habrás de echar de ménos tu pierna, no para el combate, sino para la fuga, porque á vosotros siempre os toca huir, como huisteis á mi faz en los campos de Barbatain.

—En cambio, si tú sales á campaña, echarás de ménos tu mano para robar, como robásteis en Gares (1) y en el valle de Verri.

—Más grande que tu injuria es el ódio que te tengo.

—Muy enorme habrá de ser para cubrir mi aborrecimiento hácia tí. Y entre los dos hermanos se cruzó la mirada de Cain, y rápidos como el pensamiento, desenvainaron las espadas.

La *andria*, que hasta entonces habia permanecido inmóvil, muda espectadora de una repugnante escena demasiado repetida, al ver que á la violencia de las palabras seguía, cual nunca jamás aconteciera hasta entonces, la violencia de los hechos, quiso interponerse entre ambos; la pobre Ana, sin fuerzas para ayudar á su madre, cayó desmayada.

Entonces, entre las ennegrecidas paredes de aquella cocina y á la vacilante luz que despedian los troncos del hogar, hubo una escena horrible, una lucha abominable, imágen de otras que durante sesenta años se verificaron en los montes de Nabarra. Los dos hermanos, cojo el uno, manco el otro, esgrimian las espadas con frenesí, y de aquellas imperfecciones contrarias nacia una trágica compensacion de medios de ataque y defensa. La *andria*, con sus débiles fuerzas de anciana, era incapáz de poner coto á aquel satánico combate; es más, su instinto maternal le advertia que cualquier movimiento brusco suyo que paralizárá la accion de uno de sus hijos, seria inexorablemente aprovechado por el otro, y esta idea, frente al igual amor que á ambos profesaba, la dejaba completamente inerte. Por fin, el hierro de Pello penetró en el pecho de Machin, y éste, ántes de caer, todavía tuvo fuerzas para asestar una terrible estocada en el vientre á su hermano, y ambos jóvenes rodaron por el suelo, confundiendo su sangre, y la *andria* cayó desmayada sobre los exánimes cuerpos de sus dos hijos.

II

Al dia siguiente: Machin y Pello ofrecían pocas esperanzas de vida; habian recibido el Santo Viático, y estaban muy arrepentidos de su crimen. La *andria* y Ana no se separaban de su lado, acongojadas por el mas amargo dolor. La casa y los moribundos quedaban confiados al cuidado de dos débiles mujeres. En otra ocasion no hubieran faltado compasivos vecinos que les ayudáran, pero aquel dia todas las *bordas* del contorno se hallaban abandonadas por sus moradores. Es que corrian muy malas noticias en la comarca; se decia

(1) Puente la Reina.

que el Virey, despues de apoderarse de Amaya, habia licenciado parte de sus tropas, y que éstas se retiraban en grupos desiguales, cometiéndole mil tropelías á su paso. Unos atribuían el licenciamiento á falta de dinero, otros á la irrevocabilidad de la paz; en cambio, los mas avisados sospechaban que aquella era una medida pérfidamente política, tomada con objeto de aumentar el castigo del país.

De los heridos el mas grave era Pello, quien despues de haber sufrido durante la noche cruelísimos dolores, á las primeras horas de la mañana habia caído en un sopor profundo, al que acompañaban los síntomas precursores de la muerte. Machin, aunque postrado por una fiebre muy violenta, y atormentado por frecuentes sofocaciones, conservaba todo su conocimiento.

A eso de las tres Ana dijo á su madre:

—*Andria*, no hay agua en la cocina, y voy á la fuente á llenar un par de herradas.

—Bueno, pero anda lista; si oyes pasos ó voces vuelve corriendo; ya sabes que andan muchos soldados licenciados por los montes, y que es peligroso su encuentro. Ni siquiera en casa estamos seguras.

Ana salió del cuarto, y la *andria* se acercó al lecho de Pello para remojarle los lábios con un paño mojado en agua templada. Enseguida colocó la mano en la frente del herido y la encontró bañada en sudor frio.

—Pobre hijo mio de mi alma, murmuró la madre sollozando, está en la agonía.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, resonó un penetrante alarido, al que siguieron voces de hombres y ruido de pasos agitados, como de varias personas que corren unas en pós de las otras, y luego más cercana, casi en la misma puerta del caserío, se alzó la voz de Ana gritando desesperadamente:

—¡Socorro...! ¡Socorro...!

—¡Jesús! otra desgracia? exclamó la *andria*, y se lanzó por la escalera, abandonando el cuarto de los enfermos.

Al oír los gritos de su hermana y contemplar la huida de su madre, Machin se incorporó trabajosamente en el lecho.

—¡Socorro...! ¡Socorro...! gritaban confundidas en lastimero tono las voces de la hermana y de la madre. ¡Socorro...! Y otras voces de hombres pronunciaban horribles blasfemias y torpes palabras.

—Oyes Pello?, exclamó Machin, nos llaman, necesitan de nosotros. No respondes? Vamos, corramos á defender á nuestra madre; yo no tengo la muleta, pero me arrastraré coma una culebra y lavaré en sangre villana la mancha de mi acero.

Y con un esfuerzo sobrehumano, Machin se deslizó de la cama, y

saltando torpemente como un pájaro herido, se acercó á Pello, cuyos ojos vueltos y entreabierta boca denotaban que habia dejado de existir.

—¡¡Muerto!! gritó horrorizado Machin, ¡y soy yo el asesino! ¡Ah! ¡qué infame soy! Pello, Pello, hermano, despierta, y mirá como lloro y beso tus manos, despierta, que asesinan á nuestra madre, que deshonoran á nuestra hermana. Escucha cómo gimen ellas y cómo amenazan ellos. ¡Maldicion sobre nosotros! Ayer jugábamos nuestra vida por defender una opinion que no nos importa, y hoy, ¡oh, miseria! no podemos defender á nuestra madre. Labrit! Gante! auxiliad á estos pobres soldados, vuestras víctimas! Nadie acude, estoy solo; la muerte es mi única compañera. Dios mio, una espada y fuerzas! Ah! ya tengo la espada; desesperacion, préstame tu energía! aun puedo matar á alguno.

Y el desgraciado mancebo, lanzando agudos ayes de dolor, se acercó á rastras hasta la escalera y se precipitó por ella, del mismo modo que una piedra rueda por la pendiente de la montaña. Cuando concluyó de caer, vió que la herida se le habia abierto, que la sangre saltaba de ella á borbotones, y que la vida le abandonaba. Ya no se oia la voz de la madre; en cambio, la hermana sollozaba convulsivamente y los hombres daban gritos de júbilo.

—¡Beaumont...! ¡Agramont...! ¡Castilla! murmuró Machin, levantando el puño, ya crispado por los espasmos de la muerte, en señal de suprema é impotente amenaza.

Aquellas palabras y aquel gesto fueron los últimos de Machin de Gamio.

ARTURO CAMPION.

Irun 31 de Octubre de 1880.

El pais vasco juzgado por los extraños

—«La première chose qui frappe l'observateur, en entrant dans le pays basque, c'est la fierté des habitants.»

—«L'activité et l'agilité, des Basques son depuis longtemps célèbres.»— (*A. Hugo.*)

—«L'idiome des Héres, n'a laissé qu'un seul représentant, c'est la langue basque.»— (*Maurý.*)

—«Le Basque est une des plus anciennes langues.»— (*Larrousse.*)
